

CAPÍTULO 1

Siegburg, Alemania

El sol comienza a esconderse perezoso. La tarde es fría y en el laboratorio comienzan a notarse las bajas temperaturas.

Hildemar se apura para recoger las últimas muestras del fármaco A-24. Maneja con sumo cuidado la probeta hasta trasladarla a la cámara de refrigeración. Con agilidad, logra abrir con una mano la puerta sujetando el abrigo que necesita en su interior. Dentro, el frío es considerable, y trabajar en esas condiciones requiere paciencia y una buena dosis de fortaleza mental.

Cierra tras de sí. Deposita la muestra sobre la mesa. Saca sus gafas de ver y se pone el abrigo. Su nariz comienza a enrojecerse y un vaho sale de su boca al respirar. Con una jeringa coge un poco del líquido rojizo que hay en el interior de la probeta. Lo deposita en la base de su microscopio. Sin perder el tiempo, observa la muestra y a continuación escribe unas anotaciones en su cuaderno.

La sala de trabajo dentro del laboratorio es de color blanco, sin apenas detalles en las paredes. Varios estantes metálicos con material desechable debidamente envasados y un par de contenedores para depositar la basura y demás objetos que se utilizan a diario. La luz de la estancia es blanca y muy potente, dándole una sensación angustiosa de quirófano.

Tocan a la puerta. Hanna está al otro lado sujetando un par de tazas de café humeante. Los ojos de Hildemar se iluminan. Con un gesto con los dedos le indica que le espere un minuto. Ella asiente con la cabeza.

El científico vuelve a su microscopio y, tras observar por la lente durante unos instantes, recoge la muestra y la deposita en un contenedor de residuos. Deja la tapa sin sellar y se levanta. Recoge la probeta y su cuaderno. Sale al laboratorio, donde su compañera le espera sentada. Deposita el abrigo en la percha.

— Trabajas demasiado, Hildemar. Tu turno acabó hace dos horas. — Hanna le ofrece la taza —. Tómatelo, que ya hace frío.

— Lo sé, pero tengo que acabar con el maldito fármaco o no llegaré al año que viene en esta empresa. Los de arriba me han pedido que tiene que estar listo en quince días. Gracias por el café. Me he quedado helado ahí dentro.

— Normal. ¿Cómo lo llevas? Se supone que es para el virus que ideó Friedbert hace unos meses, ¿verdad?

— Sí, y no lo entiendo. Primero crean un patógeno para luego fabricar un antídoto. Ese tal Friedbert no me gusta un pelo. Desde que llegó a la empresa nunca se ha querido relacionar con los compañeros. Cuando te mira a los ojos se te hiela la sangre. Los de ventas dicen que se alimenta de los restos de los ratones que mueren en los ensayos.

— Madre mía... Allí les gustan mucho los chismes. No les hagas caso. Ese tipo llegó hace muy poco al laboratorio y apenas se relaciona con la gente. Yo lo veo normal. Anda, bebe y desconecta. Mañana será otro día.

— Pero no solo es su forma de ser, sino también la de vestir. Lo único blanco en su atuendo es la bata que no le queda más remedio que usar. — Le pega un sorbo de café —. Y luego está lo de sus creencias: el otro día en la sala de descanso leía entre susurros un libreto que parecía que lo acababa de sacar de un contenedor. Es como si estuviese rezando algo. Levantó la mirada y tuve que apartar la cabeza. No me gustan sus ojos.

— Seguramente él piense lo mismo de ti. Tienes cosas de persona mayor, compañero.

Hildemar apura su taza de café y echa un último vistazo a los apuntes. Mira de reojo el reloj y, tras sonreír a Hanna, se levanta.

— Me marchó. Mañana a las siete de la mañana de nuevo aquí. — Levanta las cejas en un claro gesto de cansancio.

— Descansa. Hoy la noche me toca a mí.

— Ya veo. En el cuadrante veo que te toca precisamente con Friedbert. — Sonríe de manera burlona.

— Tranquilo, sobreviviré. Yo no hago caso a las habladurías de la gente.

Hildemar sale del laboratorio en dirección a la zona de empleados, donde están el comedor y los vestuarios. Recorre un largo pasillo pintado todo de blanco, sin adorno alguno salvo algún cuadro con las siglas de la farmacéutica. Se cruza con el vigilante que acaba turno. Ambos se saludan.

Por fin llega, y se quita la bata con parsimonia: lleva tantas horas con ella puesta que ahora le cuesta librarse de ella. Mira su reloj y duda si ducharse o marcharse directamente a casa. Fuera hace frío y por la mañana le dará mucha pereza hacerlo en su piso. Comienza a quitarse la ropa cuando suena la puerta del vestuario: es Friedbert.

Llega con un abrigo negro que le llega hasta los pies. Lleva puesta una capucha del mismo color que apenas le permite dejar ver su rostro. Al reparar en Hildemar, esboza una extraña sonrisa.

— Buenas noches. Hace fresco ahí fuera, ¿verdad? — pregunta Hildemar visiblemente nervioso.

No hay respuesta. Friedbert se sienta sin dejar de observarle. La sonrisa sigue en su oscuro rostro.

Un escalofrío recorre el torso desnudo de Hildemar. Esa sensación le hace cambiar de opinión y vuelve a vestirse de manera apresurada. No quiere permanecer junto a él ni un minuto más. Tras anudarse los cordones de los zapatos, saca de su taquilla el abrigo y recoge un pequeño maletín donde guarda el almuerzo.

— Ten buen turno. — Hildemar pasa por su lado sin querer mirarle.

Desaparece por la puerta a paso ligero. En su cabeza tiene la sensación de que en cualquier momento le va a agarrar por el hombro y le va a rebanar el cuello con un cuchillo. El corazón se le sale del pecho, hasta que por fin sale del edificio. El frío de la noche germana atizándole en su rostro le devuelve a la

realidad. Levanta la mano para parar un taxi. Quiere llegar cuanto antes a su casa. El coche arranca y Hildemar no puede evitar volverse a ver la farmacéutica que deja atrás. Una extraña sensación invade su mente.

Mientras, Friedbert sale de los vestuarios a paso lento. Se ha quitado el abrigo negro y lleva la bata en su mano derecha. Se dirige hacia el laboratorio de muestras, donde Hanna permanece anotando cosas en su cuaderno. Él la mira a través de los cristales. Ella no se da cuenta de que está siendo observada. Sonríe de nuevo.

Al entrar, Hanna pega un buen bote en su silla al escuchar el ruido de la puerta. De pelo rubio y unos intensos ojos azules, la chica le mira ruborizada ante el ridículo de verse sorprendida. Sus mejillas comienzan a tornar a un rojo carmesí.

—No te esperaba tan pronto. Te has debido de cruzar con Hildemar.

—Así es —responde serio el extraño compañero—. Voy a seguir con las pruebas del patógeno. Estaré ahí dentro.

Friedbert entra a la sala refrigerada sin ponerse el abrigo correspondiente. Hanna le observa con incredulidad. Apura su taza de café y mira de reojo su reloj. Suspira con resignación al comprobar que le queda toda la noche. Se levanta y sale de la habitación, dejando solo a su compañero.

Por el camino se encuentra a uno de los vigilantes de seguridad que acaba de empezar su turno. Le saluda con amabilidad y desaparece por el pasillo.

En su placa de color dorado se puede leer su nombre: Sebastián. Tras pasar por la máquina de las bebidas, llega a su puesto de control y se sienta en su cómoda butaca negra. Las instalaciones que allí tiene son de lujo, nada que ver con el habitáculo de apenas dos metros cuadrados que tenía en su anterior empleo. Ahora, sin embargo, está rodeado de monitores con las imágenes de la totalidad del edificio. A todo color. Y con una mininevera bajo su escritorio. Un marco con sus dos niñas completa su enorme mesa.

Abre su lata de Coca-Cola y le pega un buen trago. Se seca la boca con la manga de su uniforme y se desabrocha el botón

del cuello de su apretada camisa, aflojándose la corbata. Deja su gorra reglamentaria en la mesa y comienza a observar tranquilo las cámaras de vigilancia.

Algo le llama la atención: en la sala de refrigeración una extraña bruma impide ver con claridad lo que hay en su interior. Con un *joystick* mueve la cámara y le hace un *zoom* para ver con más claridad. Puede distinguir a una persona en su interior, pero su vestimenta no es la reglamentaria. Se levanta de inmediato y recoge su gorra. Palpa con la mano derecha su porra en un gesto de inseguridad y sale de la sala. Coloca un pequeño cartel en la puerta que indica: «De ronda».

Recorre el pasillo principal hasta llegar a la sala donde ha visto las imágenes. Desde la cristalera puede distinguir con claridad lo mismo que vio con la cámara: algo está pasando ahí dentro.

Entra con sigilo, hasta llegar hasta la puerta que da acceso a la sala de refrigeración. Saca su porra y golpea de manera leve varias veces el cristal. No hay reacción. Golpea de nuevo, esta vez con algo más de fuerza. Nada.

La bruma se disipa y enseguida puede ver a la persona que hay dentro. Se trata de Friedbert. Lleva una probeta en la mano izquierda y en la derecha una especie de recipiente negro. Parece un objeto muy antiguo. Mira a los ojos del vigilante y acto seguido vierte el contenido del bote en la probeta. La mezcla hace una reacción extraña y parte del líquido cae entre los dedos del científico.

Se dirige hacia la puerta, donde Sebastian le espera extrañado. Se sitúa frente a él, guardándose la porra.

—¿Qué demonios estabas haciendo ahí dentro? ¿Y el abrigo?

Friedbert no responde. Se limita a sonreír al escuchar al viejo guarda. Con una rapidez impropia de una persona, agarra por la cabeza a Sebastian y le abre la boca con la mano. Su fuerza es impresionante y el hombre no se puede zafar. Le introduce el líquido de la probeta en la boca para después taponar la nariz con ambas manos. El hombre traga el contenido sin más remedio y es soltado por Friedbert.

Cae al suelo tratando de recomponer el aliento. Da varias arcadas, pero no logra vomitar. Mira a su atacante, que sigue sonriéndole.

—No sé qué coño me has dado, pero te aseguro que se te va a caer el pelo. ¡Todo lo están grabando las cámaras! ¡Me arde la garganta!

—Espero que lo disfrutes. Tendrás el honor de ser el primero.

—¡Friedbert! ¡No puedo respirar!

—Mi nombre es Uriel. Y a partir de ahora estarás a mis órdenes.

El hombre sale por la puerta con tranquilidad, dejando al vigilante de seguridad tirado en el suelo entre violentos espasmos. Tras unos angustiosos segundos, su corazón se detiene.

Media hora más tarde, Hanna regresa para proseguir con su trabajo. Comprueba a través del cristal que Sebastian se encuentra dentro. Está de pie junto a su mesa. Está de espaldas y parece que observa algo detenidamente dado que está muy quieto.

—¿Sebastian? ¿Necesitas algo?

El hombre se da media vuelta al escuchar la voz de Hanna. Sus ojos blanquecinos alertan a la mujer, pero no le da tiempo a reaccionar. Sebastian se abalanza sobre ella soltando dentelladas en todas direcciones. La mujer recibe varios mordiscos en las manos al tratar de zafarse de él, pero el peso de su cuerpo le impide quitárselo de encima. Coge un pisapapeles que ha caído al suelo con el forcejeo y golpea a Sebastian en la cabeza.

Consigue zafarse de él. Logra ponerse en pie y trata de salir de la habitación. Lo consigue y corre por el pasillo desesperada. Un dolor punzante le recorre todo el cuerpo: se observa las manos y comprueba horrorizada que tiene varias heridas provocadas por el vigilante.

—¡Dios! ¡Socorro! —grita desesperada buscando ayuda.

Otro pinchazo le hace detenerse en seco. Se agacha y una bocanada de sangre le sale de la garganta y mancha todo el

suelo. Cae de rodillas. Le tiembla todo el cuerpo y un frío le recorre la espalda. Se derrumba sobre su propia sangre manteniendo los ojos abiertos. Miran al infinito.

A los pocos minutos, su pupila azul ahora es blanca. En pie y con la mirada perdida, gruñe en soledad en el pasillo. Huele a sangre. Y tiene hambre.

CAPÍTULO 2

Cuartel de la BRIPAC. Paracuellos del Jarama, Madrid.
19:55 PM

El cabo Víctor Nacarino se aproxima a paso lento hacia el mástil que preside el patio central del cuartel. Le acompaña el soldado Paco Redondo.

Frente a ellos, varios pelotones permanecen en una perfecta formación a la espera del arriado de bandera. Varios oficiales controlan que todo marche como es debido.

El sol comienza a esconderse entre unas nubes que amenazan tormenta. Una ligera brisa trae un olor a tierra mojada.

Ambos se sitúan frente al mástil en posición de firmes. El silencio es sepulcral. El reloj que adorna la fachada principal del cuartel marca las ocho en punto. De inmediato, por la megafonía del recinto comienzan a sonar los primeros acordes del toque de oración.

Todo el mundo realiza el saludo militar hacia la bandera, que comienza a descender con lentitud. El cabo Nacarino, curtido en el servicio, procede con maestría a desenganchar y doblar la bandera, ante la atenta mirada del soldado Redondo. Ambos se retiran y se acercan al despacho del coronel para guardar la enseña nacional.

Una vez finalizado el protocolo, los oficiales gritan varios vivas a España y el estruendo de los militares rebota entre los muros del acuartelamiento. Después ordenan descansen. Los soldados relajan su postura y comienza un murmullo que rompe la elegancia del momento.

Uno de los oficiales se aleja de su pelotón para reunirse con sus compañeros. En su pecho lleva la inscripción de su apellido: Salvatierra.

—Buenos noches. Mañana tocan maniobras con los blindados. ¿A qué hora tenemos previsto salir?

—Hola, teniente. Pues según se haga el izado de la bandera partiremos hacia el campo de maniobras —responde el sargento Aitor.

—Maldita la gana. Gasto de gasolina inútil y cabreo de los soldados. Lo que quieren es salir en una misión de verdad.

—Iker, esos no saben lo que están diciendo: tú y yo hemos mordido el polvo del desierto afgano varias veces. Aquí estamos mucho mejor.

—Se alistaron a la BRIPAC con la idea de servir a su país. No les culpo por ello. Tienen ganas de ayudar y aquí no lo hacen.

—Eso es verdad. Bueno, vamos a formarles y que se vayan a cenar.

Aitor hace el saludo militar al teniente Salvatierra y se dirige a su pelotón. Estos charlan animadamente entre ellos. Iker hace lo propio. Cuando le ven venir, el murmullo cesa de manera repentina.

—¡Pelotón! ¡Firmes!

Todos se cuadran al unísono. Mantienen las cabezas erguidas y el silencio es sepulcral. Iker pasea entre ellos pasando revista, revisando hasta el más mínimo detalle.

En ese momento hace acto de presencia la médica del cuartel, la alférez Almudena Elola. Se sitúa frente al grupo de Iker y espera a que su compañero termine. Iker la mira de reojo y le sonrío. De inmediato, se sitúa junto a ella.

—¡Descansen! —El grupo obedece—. ¿Qué tal, Almudena? Hoy no te he visto en todo el día.

—El gilipollas del coronel Bachiller. Me ha tenido toda la mañana revisando los informes médicos de todo el cuartel. No sé para qué. —Se le nota bastante molesta.

De metro ochenta y una esbelta figura, Almudena viste el uniforme oficial del Ejército de Tierra. Lleva su rubio pelo

recogido con un moño hecho de cualquier manera. Se nota que ha estado estresada en las últimas horas.

Varios de los soldados no disimulan la atracción que sienten hacia el alférez y cuchichean entre ellos. El teniente Salvatierra se percata de ello y se acerca hacia uno de ellos, que carraspea nervioso al percatarse de que se dirige hacia él.

—¡Ortega! ¿Tiene usted algún problema? Porque, créame, hoy yo he tenido unos cuantos y no me apetece tener más.

—¡No, señor! —El soldado se cuadra nervioso.

—Pues deja de pensar con la polla y vete a llamar a mamá a la cantina.

El soldado no responde. El comentario de Iker causa la risa en Almudena, que trata de disimularla dándose la vuelta. Al hacerlo, comprueba que se acerca a ellos el sargento Aitor.

—Están más salidos que una mona. Discúlpales, por favor.

—No me han ofendido, Iker. Al contrario, veo que el gimnasio está dando resultados. —Almudena le guiña un ojo—. Hola, Aitor. ¿Ya has recogido a tus chicos?

—Buenas noches. Sí, ya se han ido a cenar. Por lo que veo el teniente Salvatierra ya está nervioso.

—Bueno, dejemos el tema. Tú gestiona tu equipo como te dé la gana y yo lo haré a mi manera. —Iker está visiblemente molesto.

—¡Eh, para un momento! Que yo no tengo la culpa de tus mierdas. —Aitor hace el amago de marcharse.

—Espera, perdona. Es que hoy el coronel ha estado tocándonos los huevos y estoy cansado. Eso es todo.

—A mí más bien me ha tocado los ovarios. Tiene el día torcido. Ni siquiera se ha dignado a bajar al toque de oración.

—Él está a otro nivel. Sus palos de golf en su despacho así lo atestiguan.

Los tres se ríen desahogadamente, sin percatarse de que el coronel se aproxima hacia ellos a paso ligero. De un metro noventa y unos cien kilos, viste un uniforme de traje chaqueta color caqui. Su gorra la lleva bajo el brazo derecho.

—Teniente, necesito hablar con usted un momento. ¿Tiene un minuto? —Le hace el saludo militar y mira de reojo al sargento Aitor y al alférez Almudena sin disimular una mueca de asco.

—Claro, ahora mismo. —Iker le devuelve el saludo.

El teniente se sitúa tras el coronel y mira a sus compañeros, que, sorprendidos, observan la escena. Aitor aprovecha para ordenar que rompan filas el grupo de Iker.

Entran en el departamento de oficinas y, tras subir al primer piso y recorrer el pasillo principal, llegan hasta el despacho del coronel. Abre la puerta con llave y ofrece pasar primero al teniente. Este accede sonriendo y permanece en pie junto a la mesa. Tras ella, varias banderas permanecen en sus mástiles: la de España, la BRIPAC y la del Ejército de Tierra. Un cuadro del rey Juan Carlos I adorna la pared, así como varias fotografías de soldados saltando en paracaídas en unas maniobras.

El coronel se sienta y con un gesto con la mano invita al teniente a hacer lo mismo. Iker está nervioso, no entiende bien a qué se debe su presencia allí.

—Bien, teniente, lamento tener que darle una mala noticia: no ha superado el examen para aumentar su rango. Me ha llegado esta tarde la carta desde la Escuela de Oficiales.

—Oh, vaya... Esta vez tenía la certeza de que todo iría bien. —Iker respira—. Habrá que seguir intentándolo, señor. Gracias por comunicármelo.

—No tiene por qué darlas. Pero ya que estamos aquí le voy a dar un consejo: yo de usted desistiría de esas ansias de ascenso. Para empezar, le obligarían a abandonar este destacamento, y no creo que eso lo desee. Y mientras esté yo al mando, lo va a llevar bastante crudo. No sé si me está entendiendo.

—Le agradezco el consejo, coronel, pero mi idea es seguir haciendo carrera en este cuerpo al que he dedicado buena parte de mi vida. Si no tiene otro particular, me retiro.

Iker se levanta sin esperar la contestación del coronel. Le saluda de manera oficial y se marcha cerrando la puerta a su espalda. El coronel Bachiller permanece sentado en su silla de cuero masajeando su rechoncha barbilla. Mastica con desgana el plantón que acaba de recibir. Mira en su agenda un número de teléfono y marca en su móvil. Espera los tonos ojeando la carta del rechazo de Iker.

—¿Hablo con la Escuela de Oficiales? Al habla el coronel Bachiller. Pongan en marcha lo que hablamos esta mañana. Este tipo no debe pasar ese examen jamás. ¿Les ha quedado claro? Jamás. —El coronel cuelga y tira el teléfono sobre la mesa. Sonríe de manera cínica.

Iker llega hasta el patio donde aún permanecen Almudena y Aitor. Ambos le miran con rostros de preocupación. El pelotón se ha marchado a cenar y tan solo quedan un pequeño grupo de cinco soldados que corren alrededor del cuartel: una broma pesada a un compañero les ha dejado sin cena.

—¿Todo bien, Iker? —pregunta Almudena tocando el hombro del teniente.

—He suspendido el puto examen de capitán. ¡Y no lo entiendo! ¡Ya van tres veces, joder!

—No desesperes. La próxima vez tómatelo con más calma. —Aitor trata de quitar hierro al asunto.

—No creo que haya próxima vez. Ya me ha dejado claro que lo tengo difícil.

—Si apruebas lo tendrá que aceptar. Solo faltaba eso —Almudena le anima.

—Ese tipo tiene bastante poder. Su círculo de amigos es sabido por todos. Mientras esté al mando, no hay nada que hacer. ¿Os venís a la cantina?

—Venga, me apetece tomar algo que me queme la garganta. Pero invitas tú, teniente. —Almudena le guiña un ojo.

Los tres se encaminan hacia el bar que el cuartel tiene destinado a sus soldados. Se encuentra frente a la enfermería donde suele trabajar Almudena.

Nada más entrar, Manolo les saluda de manera efusiva. Es el encargado de la cantina. Muy delgado y con menos dientes que un caracol, el viejo y retirado soldado permanece dentro del cuartel a cambio de regentar el bar. Sin ningún sitio al que ir y sin familia, Manolo se ha convertido en un símbolo de la BRIPAC.

—Manolo, sírvenos unos chupitos de la peor mierda que tengas —ordena Iker levantando una ceja.

— Veo que habéis tenido un gran día. ¡Brindemos por ello, pues! Os voy a poner un orujo casero que me ha traído uno de los chicos de su pueblo. Te pega un buen latigazo en el gazonate.

— Pues no se hable más. Ponte otro tú, que ya vas a cerrar.
— Iker se sienta en una de las mesas y estira las piernas.

Manolo se pasea ágil tras la barra y coge una botella descolorida con un tapón rudimentario. Con algo de esfuerzo, consigue destaparla y después coge cuatro vasos de chupito de la estantería que tiene a su espalda.

Sirve con su mano temblorosa la bebida y derrama algo de líquido en la barra. Rebufna algo por lo bajo maldiciendo sus años mientras busca la sucia bayeta que utiliza para limpiar. Después, levanta la cabeza y, con un gesto, llama a Iker.

— No te muevas mucho, Manolo, no sea que te volvamos a llamar a filas — dice Iker con sarcasmo.

— Tú eres joven, muchacho. Yo un viejo podrido que no tiene donde caerse muerto. Estos muros son todo lo que tengo.

— Vente a la mesa con nosotros, hombre. — Iker le guiña un ojo.

El viejo barman accede a la petición del teniente y sale de su escondrijo para unirse a la pequeña fiesta. Iker ofrece los chupitos a sus compañeros y les dedica una sonrisa.

— ¿Cuánto tiempo llevamos juntos? ¿Diez años?

— Sí, por ahí — contesta Almudena.

— Doce. Os conozco a todos desde que llegasteis al cuartel con cara de susto. Sobre todo tú, Iker. Recuerdo cuando entraste por primera vez a la cantina y me pediste un vaso de agua. Tus compañeros se rieron de ti y yo tuve que intervenir.

— Es verdad. Anda que no ha llovido... Valiente hijos de puta. — Iker levanta el vaso de chupito y mira a sus compañeros —. Por nosotros.

— Y por la BRIPAC — añade Aitor.

Chocan sus vasos. Los cuatro se beben el orujo de un trago y golpean la mesa con los mismos. Almudena guiña los ojos y arruga la nariz. El fuerte licor le está quemando la garganta.

— ¿Pero qué demonios es esta mierda, Manolo? — Almudena trata de tragar saliva para aliviar su escozor.

— Ya os lo dije: lo destilan en el pueblo de uno de los soldados y me ha traído una botellita. Es de un pueblo de Galicia. Esto no es apto para blandengues. — Manolo se relame, acostumbrado a los grados de alcohol.

En ese momento, Iker mira hacia la televisión, que permanece encendida en el interior de la cantina. Están dando un avance en los informativos y le ha llamado la atención.

— Sube ese cacharro, Manolo.

Manolo se levanta a duras penas de la silla y vuelve a la barra en busca del mando a distancia. Tras tratar de diferenciar los botones, consigue subir el volumen.

— Veo menos que un muerto boca abajo — maldice en voz baja.

Las imágenes corresponden a una farmacéutica en Alemania. En los letreros se puede leer que el edificio está precintado y sus trabajadores puestos en cuarentena. La reportera indica que la situación es delicada, pero que está todo bajo control.

Iker observa atento mientras Almudena le mira a él. Le toca el brazo para que vuelva del trance.

— Tú, vuelve con nosotros. Te has quedado petrificado viendo la noticia. — Almudena le sonrío.

— Me ha llamado la atención, eso es todo. Tampoco me preguntes por qué. Bueno, voy a servir otra ronda y cada mochuelo a su olivo.

Iker llena de nuevo los vasos y da una palmada al viejo militar.

— Por Manolo.